



2000

2000

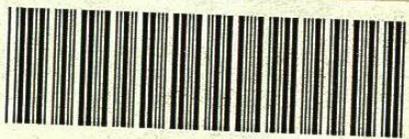
2000

2000

PQ2521

T58

v. 1



1020026938



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

1^o y 2^o Tomos en \$/60

OPRAS DE EMPLIO SOLA

TRABAJO

Núm. Clas. 286^N
Núm. Autor _____
Núm. Adg. 30819
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 64
Catalogó 64

OBRAS DE EMILIO ZOLA

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

<i>Naná</i>	2 tomos
<i>L' Assommoir</i>	2 »
<i>Teresa Raquin</i>	1 »
<i>Los Misterios de Marsella</i>	1 »
<i>La Débacle</i>	2 »
<i>Lourdes</i>	2 »
<i>Roma</i>	2 »
<i>Paris</i>	2 »
<i>Fecundidad</i>	2 »
<i>Trabajo</i>	2 »
<i>Verdad</i>	2 »
<i>Magdalena Ferat</i>	1 »
<i>Sidonio y Mederico</i>	1 »
<i>La confesión de Claudio</i>	1 »
<i>La Obra</i>	2 »
<i>La fortuna de los Rougon</i>	2 »
<i>Epistolario</i>	1 »

LOS CUATRO EVANGELIO.

TRABAJO

POR

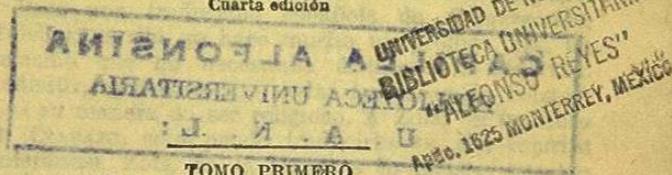
EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

DE

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Cuarta edición



TOMO PRIMERO

101172

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166.

Sucursal.—Calle Espoz y Mina 15
MADRID



Maucci Hermanos.—Cuyo 1070
BUENOS AIRES

30819

mática. Zola, como Augusto Comte, del cual es en TRABAJO, en lo esencial, fiel discípulo, es un católico al revés; y así como se ha probado que el organismo social positivista era una iglesia católica, con su papa á la cabeza, el mismo Comte; la utopía de TRABAJO es un catolicismo ateo y hedonista con su pontífice, Lucas. Y los fanáticos de la antigua cepa, los dogmáticos del pasado, me dirán:—Y entonces, ¿por qué traduces á Zola?

Por tolerancia; porque mi religión, mi filosofía, son así. No me escandalizo. Yo creo en Dios, pero no creo que Dios sea una palabra. Creo en los deístas con el signo negativo. Con el gran respeto que Zola me inspira, creo que él no es ateo más que de nombre.

Todo su TRABAJO, con el amor necesario, la abnegación por felicidad suprema, «postula» á Dios, como dicen los filósofos. Sólo que es contradictorio poner la mayor dicha en la dicha de los demás, y después darnos como contenido de la felicidad los placeres más ordinarios (aunque Zola no diga nunca sino «bonheur», donde en rigor debiera decir «plaisir»). Pero bendigo estas contradicciones de Zola, que son las que, según espero y, sobre todo, deseo, pueden llevarle, á fuerza de lógica, al alto espiritualismo, única morada digna de su alma fervorosa, tierna, poética, que ya no sabe más que volar en torno del amor, de aquella caridad de que desconfiaba en *París*, y á que ahora vuelve, dándole otro nombre.

No es este lugar á propósito para examinar TRABAJO, señalando, como sus grandes bellezas, sus defectos, artísticos y de otro orden. Sin falacia, ni compromiso, puedo aquí exponer mi juicio relativo á lo que me parece excelente.

Creo que si Zola, prescindiendo de sus sistemáticas perífrasis, y hasta paráfrasis, á las que da, sobre todo en estos sus singulares *Evangelios*, (*Fecundidad* y TRABAJO, por ahora) un valor simbólico, casi cabalístico, hubiera preferido atender buenamente á las eternas leyes del buen gusto en la proporción; TRABAJO hubiese sido lo que se llama una obra maestra, si no por el lenguaje, ni aun por el estilo, á veces su-

blime, pero desigual, por la composición, la grandeza del cuadro artístico; y, sobre todo, por la belleza inmensa de algunos de los caracteres y de muchas de las más solemnes escenas.

En este libro lo principal es el corazón; olvidemos las ideas metafísicas del autor (como él parece olvidarlas tantas veces), olvidemos sus preocupaciones antireligiosas, en que de modo tan lamentable confunde la religión con determinadas formas históricas, interpretadas con estrecho criterio; y olvidando esto, y sin necesidad de olvidar su fourierismo redivivo y su anarquismo bonachón, porque ahí el peligro no es grande, sigámosle en las sublimes páginas de puro amor—pero ideal, abnegado, amor que no «culte» á nadie—en que va mostrándonos los principales caracteres de su poema. Si, poema. Le *Rêve* otra vez, por muy distintos senderos. Las tres mujeres «evangélicas», como aquellas que Renán nos pinta volviendo á la obscuridad de la aldea, después de muerto Jesús; Josina, Scurette y Susana, las divinas compañeras del apóstol, Lucas, son tres figuras ideales (pero «reales», verosímiles) del género santo de que tantos ejemplares nos dió el Cristianismo, y también algunos el paganismo, que nos dió v. gr. á Epicaris.

Jordán, el ingeniero electricista, el santo del trabajo, casi «tan» héroe del libro como Lucas (y como tipo, de mucho más color y dibujo); Morfain, el titán reconocido, el Vulcano, como Zola dice, el obrero que hace de su deber un dios; figura que recuerda las mejores de Víctor Hugo, en su género; son otros dos caracteres que pueden admirarse como algo de lo mejor que ha producido la milagrosa fecundidad creadora de este genio, que, llámese ateo ó lo que quiera, tiene la más poderosa fantasía y la más profunda ternura... al lado de defectos que, seguramente, no se verían en una novela de Mr. Brunetière, si éste creyese servir mejor a Roma escribiendo novelas.

Zola nervioso, activo, no puede vivir sin una gran empresa sistemática (es uno de los espíritus más sistemáticos de las letras contemporáneas; y, si todos lo

entendieran bien; podría añadirse más «unilaterales»). Necesita siempre su «œuvre», como él dice. Primero fué el naturalismo, entendido de modo parcial, encerrado en dogmas sensualistas; era novelista, era crítico, era periodista, todo sin descanso y todo por naturalismo, fuera del cual no había salvación. En España, tuve el honor de ser el primero, allá en mi juventud, casi adolescente, que defendió las novelas de Zola, de entonces (para mí las mejores de las suyas), y hasta su teoría naturalista, con reservas, como un oportunismo, pero sin admitir la supuesta solidaridad del naturalismo estético y del empirismo filosófico. En el Ateneo, en discusiones, en periódicos diarios y revistas (v. gr. «La Diana», de Reina), expuse mis ideas antes que se publicara el libro de la señora Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*, con un prólogo mío. Era yo entonces, sin embargo, tan idealista como ahora, así como soy ahora tan naturalista como entonces. El gran genio, la fuerza inmensa de Zola, en la primera mitad de los *Rougon*, era lo que yo defendía ya con entusiasmo, sin reserva.

Después, Zola también quiso llevar su «sistema» al teatro. Luchó con honra, pero no triunfó. En las últimas novelas de la serie *Rougon-Macquart* se le ve abrir cada vez más las alas, levantar el vuelo... «Algo» pierde, pero «algo» gana.

De otras literaturas, llegaban á Francia ráfagas de un arte docente, de aspiraciones filosóficas, sobre todo de tendencias á los llamados problemas sociológicos.—En *Lourdes*, *Roma* y *París*, Zola también es ya novelista franca y directamente «sociológico». *Lourdes* y *Roma* no ganan mucho con esto. *París* recuerda más la garra del león, más «sociólogo» cuando es más artista, no cuando expone más teorías.

Pero ahora Zola lleva su «obra» á la vida real; entra en el «affaire» con el papel principal que todos saben. Opíñese lo que se quiera respecto del asunto Dreyfus, la nobleza y la lealtad y la abnegación de Zola en todo este poema «vivido», son innegables.

Zola ha vivido mucho cerca del pueblo. Ya su preocupación principal no es artística, es práctica. La llamada «cuestión social» le ocupa toda el alma. Si

Flaubert resucitara no le reconociera. Inaugura sus *Evangelios*; el primero, el de Mateo, es *Fecundidad*, en que combate un gran vicio nacional en forma casi simbólica, en un cuadro que está, en rigor, fuera del espacio y fuera del tiempo; *Fecundidad* es grande y larga... Las voluntarias, intencionadas perífrasis, los paralelismos y repeticiones, impacientan al lector frívolo; pero el libro es grande. Romántico, ideal, por supuesto. Vendrán más adelante los evangelios de los otros dos hijos de Pedro Froment, Marcos y Juan, la «justicia», y la ciencia, ó sea la «verdad».

Ahora tenemos TRABAJO, el evangelio de Lucas. También en espacio ideal, como en un sueño; lo que es; con ese aislamiento del medio ambiente, que caracteriza el ensueño, y le distingue de la realidad, según psicólogos modernos. Se habla de París, de todo el mundo actual, pero como en un aislamiento de pesadilla; la Rumaña, en verdad, no linda con nada; Beauclair... está en una isla encantada, flotante, aunque es de tierra adentro. Es una Atlántida, una Utopía, «Ciudad del Sol». En los pormenores Zola sigue siendo naturalista, pero su plan general y sus principales personajes toman caracteres simbólicos, á veces abstractos; su grandeza es á ratos sublime sin dejar de ser humana y bien artística; á veces, el «esquema» desnudo perjudica el arte.

El tiempo se va contando por años, pero los años del ensueño son á su manera. Si se le echara la cuenta á Zola, y no hay para qué, se vería que aquel mundo feliz que nos pinta al final, ha llegado demasiado pronto, á juzgar por los años de los personajes que ya asistieron al principio del libro y asisten á la apoteosis. No ha querido hacerlos tan viejos como los patriarcas bíblicos, ha preferido condensar en pocos años mucha vida.

En las ideas jurídicas, económicas, políticas, de Zola, en TRABAJO, no entro. A mí no me asustan; llego yo á algunas de ellas por caminos muy diferentes; pero no por propagarlas he emprendido esta traducción.

Si TRABAJO no lo hubiera traducido yo, lo hubiera traducido otro.

¿Por qué he admitido el encargo?

Por la tentación de servir modestamente a la lengua castellana.

Y ahora llego a lo que a mí me importa más en este Prólogo.

* * *

No traduzco á Zola por espíritu de propaganda; pues no participo de muchas de sus ideas, aunque siempre le venero y admiro. Mas, al proponerme el editor español esta versión española, que ha de publicarse al mismo tiempo que el original francés, no he podido menos de ver un noble ejemplo de amor á nuestra lengua y á la fidelidad del texto literario, en el sacrificio que para el señor Maucci suponía pagar una traducción mucho más de lo que hubiera bastado, para una de esas versiones en que nadie aparece responsable ni del daño que se pueda inferir al autor ni del causado al idioma. Y he creído que debía yo imitar ese ejemplo, sacrificando también mis intereses por cariño y respeto al gran novelista, y por amor y respeto al idioma castellano. Porque, hay que notar, que si la remuneración que recibo por este trabajo es muy superior á la ordinaria con que suelen contentarse los traductores anónimos, no llega ni con mucho á recompensar lo que pierdo abandonando mi trabajo de siempre en la prensa, casi por completo, para dar concluida la traducción dentro de un plazo angustioso.

En lo que acabo de decir es claro que ya habré visto la malicia, vanidad y propia alabanza. Pero, sin prisa, voy á demostrar que no hay nada de eso. Que el editor pueda equivocarse creyendo que yo debo traducir algo mejor que quien le ofrece el mismo trabajo por treinta duros, no quita la generosidad de su propósito; y, con la intención, ya ha dado el buen ejemplo con que pudo edificarme. Que yo crea que puedo traducir mejor que suelen hacerlo esos pobres truchimanes, víctimas del «sweating-system», no me parece gran vanidad, y antes pienso que sería falsa modestia no atreverme a decirlo. Todos sabemos qué horrores se cuentan, y se demuestran, de muchas traducciones que se han leído no poco. No me tengo por buen es-

critor, ni en lenguaje, ni en estilo, pero tampoco creo ser la última palabra del credo, en estas cosas. Es claro que hubiera sido mucho mejor, para Zola, para los lectores de la traducción y para el castellano, que de este trabajo se hubiera encargado un buen prosista que tuviera, además, elegante y vigoroso estilo; pero hay que contentarse con esta humilde medianía; superior, sin duda, á las nulidades anónimas que están convirtiendo en un escándalo esta parte del comercio literario.

Porque no se trata solo de los tremendos barbarismos y solecismos con que manchan sus traducciones, sino de otra cosa que arguye no ya ignorancia, sino malicia. Es el caso, que sin escrúpulo, se prescinde de la fidelidad en la versión, y se deja sin traducir gran parte del texto original. Libro reciente, y muy sonado, he visto, que en la edición española era poco más de la tercera parte del texto original. De esta mala fe es claro que puedo asegurar que estoy libre. TRABAJO, en español, es todo el libro de Zola, tal como ha pasado por mis manos en los pliegos franceses, que guardo como prueba.

Muy lejos estoy de tener por buena mi traducción. No sólo creo que otros la hubieran hecho mucho mejor, sino que estoy seguro de que yo mismo hubiera presentado algo menos indigno de Zola y de mi idioma, si hubiese podido disponer de más tiempo, y con más salud de la que ahora tengo.

No será un arco de iglesia, pero tampoco es grano de anís una traducción, mediana á lo menos, de una novela de Zola, como TRABAJO, á una lengua como la española.

No es fácil siempre ser fiel al genio que anima el estilo de Zola, y al genio del habla castellana. En la duda, he preferido seguir al autor, las más veces. No, no es éste un libro castizo, que firmara un purista; ¿qué ha de ser! Y no sólo por la ciencia y el arte que me faltan, sino porque, con deliberado propósito, y teniendo en cuenta que se trata de un libro popular, he atendido, más que á escrúpulos lingüísticos, que á veces tengo, al deber de dar al lector español que no lee en francés, la mayoría, «lo más de Zola», que

podiera. Por seguirle, he hablado de un modo metafórico, á veces, que no es de corte muy castellano, ni yo empleo cuando escribo por mi cuenta. No pudiendo siempre conciliarlo todo, he huído más de parecer frío y pedante á la mayoría, que de las censuras de la minoría, muy escasa, de los puristas.—Pero así y todo, creo que el lector ha de notar alguna diferencia entre mi prosa y la que suele ser corriente en folletines y traducciones de pacotilla, anónimas.

Y ahora, vamos á hablar mal del Diccionario de la Academia, que bien lo merece.

Si no fuera un tormento, haría reír el verse, como yo me he visto muchas veces, decidido á ser ortodoxo de la Academia y fiel al texto francés, luchando entre nuestro léxico oficial y otros, de mucho renombre, pero que no citaré, en los que se pretende ofrecernos una justa correspondencia entre las palabras españolas y las palabras francesas.

El calvario que generalmente hay que recorrer, es éste: Palabra francesa cuyo significado español exacto se busca: los diccionarios «acreditados» dan una descripción (que no necesitamos) de la cosa, pero no el equivalente español en otra palabra. Otras veces, sí lo dan. Pero, va usted á ver si la Academia admite aquel vocablo; y, en efecto, no lo admite. Ya decía un ilustre académico, muy reaccionario, que ateniéndose al diccionario de la casa, no se podía ni escribir una carta. ¡Pues qué será traducir una novela de Zola, cuya primera parte está cuajada de términos técnicos—no todos técnicos—de la metalurgia moderna.

Atrasada va la industria española, pero no tanto como la supone la última edición del diccionario académico.

Las deficiencias y falta de lógica del léxico oficial, más que á la ignorancia, hay que atribuir las muchas veces al capricho y á la desidia. Lo probarán algunos ejemplos. La Academia admite «hulla» (¡no faltaba más!) pero no derivado alguno de esta palabra. De modo que «hullero», «hullera», no son voces españolas. ¡Y la riqueza «hullera» hace millonarios en mi tierra! Millonarios con barbarismos.

Ahora la Academia ya admite «pudelar, pudelación»;

pero no «pudelador» ni «pudelaje». ¿Por qué? ¿Por qué se usan más que pudelación?... Dejemos ya á la Academia.

Para salir de los apuros técnicos, preferí recurrir á muy doctos ingenieros y artilleros, que me facilitaron noticias, y pusieron en mis manos obras como estas: «Sitjes. Tecnología popular.—De la Llave. Lecciones de Artillería (2 tomos. Atlas).—Barinaga. Curso de metalurgia especial.—Rodríguez Alonso, Tratado de siderurgia.» etc., etc.—Según las indicaciones de mis asesores, y el modo de emplear el tecnicismo esos y otros autores, he convertido en español el francés de Zola, en toda esta parte en que la Academia me daba tan poca luz. En lo demás, hasta con una especie de amaneramiento y por luchar con la dificultad, he procurado atenerme á la Academia, siempre que no ha sido materialmente imposible.

He dicho antes que la traducción es fiel. En efecto, no falta ni una idea de Zola. Podría añadir que, si no literal, porque eso no sería literario, mi versión es casi exacta. Respetando la retórica del autor, le he seguido hasta cuando busca efectos en amplificaciones repetidas, y hasta, muchas veces, en el empleo de muchos de esos vocablos expletivos—á veces ni esto—que en Francia suelen condenar los preceptistas; como v. gr. los condenaba hace poco Mr. Doumic en la «Revue des deux mondes», censurando al poeta Verlaine por el empleo de ...«chevilles»: «en somme», «certes», «sans doute»,... De esto hay mucho en TRABAJO, y muchas veces yo lo he respetado, otras no.

Zola, no sólo fía á las repeticiones casi cabalísticas y como hieráticas ciertos misteriosos efectos (en *Fecundidad* y en TRABAJO, sobre todo), sino que parece, en cambio, desconfiar de la memoria del lector, en absoluto; y casi siempre, cuando recuerda algún episodio de atrás, lo reproduce; y á cada personaje lo acompaña, en cuanto vuelve á él, de su oficio, ya conocido, y de las señas personales. Por algo será todo esto; y yo lo respeto muchas veces; no todas.

Tampoco debe de creer Zola que la composición aconseja abreviar un poco razones, y sobre todo palabras, según el final se acerca. Las repeticiones más

prolijas y menos necesarias las deja en esta obra para la última parte. Yo, en este punto, sin faltar á la ley principal, la fidelidad, sin dejar de «repetir» una idea «repetida», he procurado reducir, en esta parte del libro principalmente, las perifrasis y las paráfrasis á las palabras substanciales, sin omitir nada de lo que pueda ser pensamiento, emoción, color, fuerza, dibujo; Pero al leer v. gr., por tercera ó cuarta vez, un resumen del fourrierismo; me he atrevido á ser conciso por mi cuenta, sin mengua del programa de Fourier; ni de las explicaciones de su nuevo apóstol.

Y ahora me entra el temor de que Zola, al repasar por última vez las pruebas, haya cortado ó abreviado algo, que yo no he podido cortar ó abreviar. Porque conviene saber, que de Francia no llegan á poder del pobre traductor español pliegos absolutamente corregidos; «nec varietur», como debiera ser, si se respetara nuestro modesto derecho de literatos, aunque humildes.

A disposición de quien lo dude, tengo los pliegos que se me han enviado como original, para traducir; y puedo afirmar que en francés tendrán que ser más corregidos.

Pruebas. Muchas veces la construcción del período resulta sin lógica ni gramática, por enlazar con una simple copulativa; lo que no puede ir así enlazado. No hay división racional de los párrafos. Hay palabras que no significan nada, renglones cambiados, y otra porción de adefesios que anuncian la falta de corrección definitiva de pruebas.

Un personaje que en toda la novela se llama Antonieta, de repente, en algunas páginas, se llama Enriqueta. Zola no ha podido dar eso por «corregido». Tampoco creo yo que Zola deje pasar «viejos precoces», ni «casas y edificios», ni «vegetales y árboles». Sé poco francés para asegurar que en la lengua de Voltaire no pueden pasar estas licencias, pero es claro que en castellano no las he admitido.

De lo que estoy seguro es de que Zola, á los cuatro renglones de haber dicho «se hicieron más casas», no querrá volver á decir «se hicieron más casas». Aquí no se trata de una de sus repeticiones voluntarias;

sino de distracción; no corregida. No cabe duda, al pobre traductor se le manda el original sin cepillar. Y yo, por mi parte, protesto. Y el editor español debería quejarse.

Y basta de prólogo. Sin gran impaciencia; he hablado de estas que á muchos parecerán ridículas menudencias, porque doy por hecho que todas estas páginas mías las habrán saltado los más de los lectores, sobre todo, los que van á buscar en «Beauclair» el país del ensueño, el ideal, la «utopia de hoy, realidad de mañana.»

Me lavo las manos. Feliz yo si evito que todas estas doctrinas anarquistas, materialistas, mezcladas con ideas de amor y justicia, grandes y hermosas, lleguen al pío lector con tantos galicismos como serían de temer; si el libro lo hubiera traducido, por treinta duros, algún hambriento de esos que tienen, en efecto, derecho á no creer en los fueros del lenguaje nacional.

CLARIN.